

Eucaristía parezca significar un general «retorno a Canaán», por la priorización de lo estético sobre lo ético y sobre lo religioso.

3.2.2.- Y después, en la veneración del Sacramento. Nuestras prisas nos hacen pensar que perdemos el tiempo cuando nos detenemos ante el tabernáculo a adorar la majestad de Dios que se ha hecho presencia en Jesucristo. Alguien tan poco sospechoso como Harvey Cox, en *La Ciudad Secular* nos recordaba que la adoración es precisamente uno de los mayores favores y servicios que podemos hacer los creyentes a la humanidad. Con esa inocente y pasiva actividad, le recordamos que el ser humano es irreducible al producto de sus manos y sus afanes.

Y si la adoración, en medio del trajín de la jornada, puede significar nuestro señorío sobre el mundo y sobre el tiempo, la adoración en el corazón de la noche es todo un símbolo de la vigilancia evangélica. En otros tiempos podría parecer una aventura. Pero hoy que los jóvenes han hecho de la noche su mundo y su ambiente, la adoración nocturna habría de ser una alternativa valiente y gozosa que los jóvenes podría ofrecer a sus compañeros. Es posible pasar la noche ante el que es el sol de justicia, el lucero que no conoce ocaso, como cantamos en la Vigilia Pascual.

3.3.- Una vida consecuente

Evidentemente no basta con la catequesis y la celebración. Ya los antiguos profetas interpelaban a los que decían saber todo de Dios y a los que reducían su vida religiosa a ritos vacíos. «Misericordia quiero, que no sacrificios» (Os 6,6; Am 5, 21), decían de parte de Dios, con palabras que gustaría de repetir Jesús de Nazaret (Mt 9, 13; 12, 7).

El redescubrimiento de la Eucaristía por los jóvenes habría de llevarlos a la renovación de toda una vida, de cara a la Iglesia, de cara a la humanidad y aun de cara al mundo creado.

- Con relación a la Iglesia, porque si ella celebra la Eucaristía, ella, a su vez, es reunida y formada por la misma Eucaristía, que constituye el signo de la entrega de su Señor y el signo de su propia entrega.
- Con relación a la humanidad doliente, puesto que en el misterio de los panes compartidos evocamos la suerte y la miseria de todos los que todavía hambread la justicia e interpelan el descaro de nuestros hartazgos y despilfarros.
- Con relación al mundo cósmico, porque ante el altar traemos el pan y el vino, «frutos de la tierra y del trabajo del hombre», como evocando lo mejor y más humanizado de ese mundo cósmico que ha sido confiado a nuestro respeto ecológico y a nuestra responsabilidad ecoética.

Esta rica veta de reflexiones parecería remontarse a la «misa sobre el mundo» del P. Teilhard de Chardin, incluida en su precioso librito *El himno del Universo*, en

el que la inspiración poética no es un impedimento para la profundidad de la reflexión teológica y la sinceridad de la vivencia religiosa de este misterio. Como se sabe, el autor se encuentra a la sazón en el desierto. Un día descubre que no tiene pan y vino para la celebración de la Eucaristía. Y ofrece a Dios el cosmos entero, suplicándole que, a falta de la parte, «sacramentalice» el todo de la creación.³³

Nuestro trabajo de cada día y nuestros estudios, las esperanzas juveniles y la experiencia adulta que se concretan en la calle, son como la gran Eucaristía que «consagra» el universo que ha sido entregado a nuestra responsabilidad. La otra Eucaristía, celebrada en el altar y adorada en el tabernáculo, no sólo no nos aleja de esa inmensa y gloriosa tarea. Le da sentido y culminación.

A esta «misa sobre el mundo» hemos sido convocados todos los cristianos.

³³ P. TEILHARD DE CHARDIN, *Hymne de l'Univers*, Paris 1961, 21-23. Esa meditación le fue inspirada, en efecto, cuando se encontraba en pleno desierto de Ordos, sin poder celebrar la Santa Misa en la fiesta de la Transfiguración del Señor; Cf. J. R. FLECHA, «Fruto de la tierra y de la vid. Eucaristía y mundo creado», en *Eucaristía y evangelización hoy*, 145-159.

ECONOMÍA DEL BIENESTAR: Implicaciones éticas

José Alegre Aragüés

Entre la añoranza y la esperanza

Cuando algo afecta a facetas de nuestra vida tan importantes como las convicciones, las ideas, los intereses o los sentimientos, es lógico que despierte una enorme polémica.

Es lo que está ocurriendo actualmente con lo que se denomina la cuestión del Estado del Bienestar. Un tema de gran actualidad y que nos atañe porque sus consecuencias nos van a alcanzar a todos.

Nos afectarán en nuestro modo de vivir, en nuestros intereses; no sólo de sociedades, también en los de grupos y de personas concretas, en el presente y en el futuro. Van a alcanzar a los grupos profesionales, a las poblaciones rurales, al mundo obrero, a los ancianos y a los jóvenes, a los marginados de nuestros países y a los pobladores de otras latitudes.

Por eso no es indiferente tampoco al mundo de nuestras ideas. Después de un siglo como el XX en el que la división ideológica ha sido tan marcada que ha protagonizado la vida nacional entre izquierdas y derechas, y la política internacional ha estado repartida en bloques encarnizadamente opuestos hasta denominar su coexistencia como «guerra fría».

El que ahora se ponga fin a este enfrentamiento no puede dejar indiferente a nadie tras tanta tensión, guerra, sangre y dolor humano vertido por unas ideas convertidas en valores, ideales, sinónimos de justicia y orden y elevados a categorías políticas, sí, pero también morales.

También nuestras convicciones religiosas, es lógico, se ven afectadas por un cambio tan profundo y tan vital. El sentido religioso no es indiferente a la vida, no lo ha sido ni lo será, máxime cuando están en juego cuestiones como la defensa de sectores marginales y necesitados, condiciones de vida y trabajo, actitudes de

solidaridad y preocupación, hábitos de responsabilidad y búsqueda de sentido y esperanza.

Estamos entrando en un campo de decisiones globales cuya aplicación inmediata afectará a temas como el desarrollo, el hambre, la forma de trabajo, la jubilación, la siembra o el abandono del campo.

El debate está, pues, más que justificado y sus componentes constituyen un entramado tan complejo que parecerían desbordarnos si no fuera por sus repercusiones tan concretas en nuestras vidas. No es sólo una cuestión teórica. Es una cuestión política, económica, social y ética. Es una cuestión de todos.

Una forma de abordarlo puede ser desde la añoranza. Otra desde la esperanza.

Algo construido desde la mitad de nuestro siglo y que tantos beneficios ha producido no parece razonable abandonarlo sin resistencias. Haber conseguido hacer un hueco a la sensibilidad por los más débiles, a la solidaridad y a la protección, no es cualquier cosa para tirar por la borda con superficialidad e indiferencia.

Se añoran los tiempos de mayor nivel de empleo y de relación laboral más humana. Se añoran cosas que se dieron y que probablemente ya no volverán. Los tiempos cambian.

La añoranza se manifiesta también como denuncia. Parece haber gente interesada en echar abajo los logros y conquistas que, en favor de las capas más desfavorecidas de la sociedad, se han ido introduciendo junto a las reglamentaciones laborales que daban estabilidad en el empleo y, desde ahí, sentido de futuro a las familias.

Pero existe, a la vez, un gran deseo de cambio y una necesidad de mirar hacia horizontes más amplios para hacer accesibles nuestros niveles de desarrollo a otros pueblos, lo cual puede verse con desconfianza o con esperanza; aunque sea difícil y haya fuerzas interesadas en regresar a épocas de gran creación de riqueza y de poco sentido social.

¿Acaso la Historia acontece sin dejar huella en el ser humano que la vive y la sufre? ¿Puede alguien pensar en la vuelta de la Historia a los comienzos de nuestro siglo tras los dramas vividos en él?

Todavía no hemos recuperado ni reconstruido la visión equilibrada del ser humano que el arte moderno, como buen espejo de nuestra propia realidad, se encargó de romper y deformar. No parece, pues, probable que la añoranza vaya más allá de nuestro pasado inmediato.

Sí está claro que para unos y otros nuestro momento actual es tiempo de cambio, por lo tanto de crisis, de resistencias, miedos y esperanzas. Tiempo de nerviosismo, de acusaciones, de superación de fórmulas, de inseguridad, de búsqueda e insatisfacción.

¿Cuál ha sido el detonante que ha puesto en marcha esta nueva etapa del continuo caminar histórico?

La mundialización de la economía

Entre los muchos acontecimientos históricos de los que hemos sido testigos en poco tiempo, contando con la interrelación de todos, el último hace referencia, sobre todo, al ámbito económico. Sin caer en la pretensión economicista de explicarlo sólo desde él.

Tras varios años de discusión, correcciones y revisiones, se firmó el año pasado en Casablanca (Marruecos) la segunda parte de los acuerdos GATT.

En ellos se adquiere el compromiso de liberalizar los intercambios entre los distintos sistemas económicos, hasta hace poco pensados y gestionados desde el horizonte exclusivamente nacional, para convertirlos en elementos de un sistema mucho más grande y permeables a las inversiones y productos de otros países.

Todavía no hemos caído en la cuenta de la importancia que esto tiene y de los cambios que va a significar para la forma de organizar la economía que desde ahora se basará en agrupaciones de países totalmente abiertos entre sí y mucho más abiertos a los demás de cuanto lo hemos sido hasta hoy.

La movilidad del dinero circulando en completa libertad, lo mismo que los productos y las empresas, pronto también las personas, origina un contexto nuevo de abierta competencia y de innumerables intercambios. Hay dos palabras en el párrafo anterior que convendría subrayar a nivel mental porque marcan, simbólicamente, el horizonte de las resistencias, miedos y esperanzas: Competencia e intercambios.

Competencia e intercambios

Las dos pueden sonar a economía, pero las dos tienen buenas dosis de sentido humano. La competencia obliga a ser competente. El intercambio exige abrirse al mestizaje, es decir, a descubrir y aceptar al otro.

Frente a la competencia levantábamos las barreras proteccionistas.

Ante el mestizaje nuestra protección era la homogeneidad cultural.

Prepararse para este cambio requiere un buen nivel de esfuerzo humano y de gasto económico: Renovación tecnológica, nos dicen, para hacer competitiva la infraestructura productiva. Renovación mental, de esto se habla menos, para adecuarse a proveedores, clientes o compañeros de trabajo de otros mundos culturales.

En uno y otro caso hace falta ese esfuerzo. Pero estamos acostumbrados a invertir la mayor parte del presupuesto nacional en protección y por eso estamos mentalmente habituados a sentirnos protegidos y a exigir protección.

Nuestros gobiernos han invertido mucho (?) en proteger y subvencionar, aunque en España hayamos llegado bastante tarde a disfrutar de estos niveles

proteccionistas, y, por lo general, no han sido buenos gestores del patrimonio económico común.

Si queremos renovarnos, hemos de dedicar mucho dinero a la renovación y compaginarlo con el dedicado a la protección, que no es tanto como nos gustaría porque estamos muy endeudados.

Si preferimos la protección, perderemos competitividad al no tener dinero para ambas cosas y tener que devolver lo que nos han prestado en años anteriores.

Los gobiernos han gastado mucho y gestionado mal. Han creado un enorme déficit estatal porque han gastado más de lo que han ingresado. Han subido los impuestos (política fiscal) y no ha sido suficiente. Han recurrido a la deuda pública (pedir dinero prestado para el Estado) y como nuestro país no despierta tanta confianza como otros, tuvieron que prometer un interés mayor al dinero que viniera (altos intereses), lo cual hacía más caro el dinero para la gente necesitada de pedir préstamos.

Protección y Déficit

Dos problemas, entonces, a los que hacer frente: el gran déficit público que exige un reajuste, un equilibrio, para que el Estado no gaste más de lo que ingresa. Otro, el necesario recorte de gastos que haga posible el equilibrio del déficit.

¿Qué gastos recortamos?: Defensa, burocracia, financiación de partidos e instituciones, obras públicas, educación, asistencia social, pensiones, repoblación forestal, subvenciones agrícolas, desempleo, sanidad, conservación del patrimonio artístico.

El futuro nos depara otra sorpresa convertida ya en problema: No podemos confiar la financiación de los gastos actuales al futuro porque, además de estar ya muy endeudados, la futura generación será más reducida que la actual.

La evolución demográfica va camino de convertirnos en sociedades de tercera edad y no podemos dejar a las generaciones futuras la carga de una gran deuda y la obligación de nuestro mantenimiento.

Gran número de ancianos junto a un gran número de parados, si no acertamos a crear nuevas condiciones de empleo, suponen un horizonte sombrío y nos remite a una antigua cuestión: La función y el protagonismo del Estado en la sociedad.

¿Podemos seguir pensando en un tipo de Estado que organice, proteja y prevea todo?

Y en ese deseado sentido de protección que el Estado debe ejercer sobre sus ciudadanos ¿Debe pensar en proteger, financiar y organizarlo todo llegando incluso al nivel de financiar y organizar las vacaciones, la cirugía estética y hasta el aborto?

La intervención del Estado en las sociedades modernas ha originado una cultura de dependencia estatal que nos ha llevado a delegar en su estructura muchas cosas que fácilmente pueden realizar los ciudadanos individuales o los grupos intermedios, sobre todo la solidaridad.

El nivel de impuestos nos ha convertido, muchas veces, en seres exigentes que denuncian la falta de responsabilidad o la ineficacia de unos servicios estatales que deberían llegar a tantas cosas pero que están impregnados del espíritu funcional del que todos maldecimos y a cuyo status todos aspiramos.

La cultura del bienestar

Ser funcionario se ha convertido en una gran aspiración que denota hasta qué punto se ahoga y recorta la iniciativa personal, la imaginación y la creatividad en sociedades que han estereotipado negativamente la imagen de quien emprende la aventura de organizar empresas rentables para él y promotoras de puestos de trabajo.

Estamos, pues, en un momento delicado. Un momento de cambio muy importante, una gran deuda, dificultad de invertir en el cambio y resistencia a reducir protecciones y a que nos hagan cambiar.

Las sociedades desarrolladas, con sus ciudadanos a la cabeza, nos hemos vuelto celosos guardianes de los logros adquiridos, del nivel de vida alcanzado. Compaginamos ideologías de cambio con actitudes conservadoras. Nos hemos asociado al pragmatismo.

Dada la alta tasa de impuestos se ha extendido bastante la idea justificadora de quien los evade invirtiéndolos en actividades económicas ocultas (economía sumergida), cuando no se llevan a paraísos fiscales aunque esté socialmente mal visto. Lo cual significa no aportar y sí acogerse a la protección estatal.

El fraude es otro de los rasgos comunes a nuestras sociedades que alimenta una sensibilidad con raíces muy extendidas cuya savia hace crecer otro árbol muy frecuente en el bosque social: la tolerancia ante la corrupción.

Es muy frecuente conocer situaciones de fraude pequeño (las famosas chapuzas) y leer en la prensa casos de fraude y corrupción mucho más cuantiosos que relativizan la cuantía de los primeros, pero que en común constituyen un síntoma cultural de tolerancia y una predisposición a aceptarlos.

Algo parecido se da con las subvenciones. Pensadas para la ayuda de personas, instituciones, actividades o sectores en crisis; se han convertido en una forma de vivir y hasta en un arte por conseguirlas.

Desde las pensiones asistenciales a las luchas por asegurárselas, como se dan entre grupos artísticos de teatro o cine, a la proliferación de ONGs o la justificación de subvenciones industriales o agrícolas que, para tantos no

necesitados, se ha convertido en un lucrativo negocio a la vez que en un descarado fomento de falsas ilusiones, como ocurre en zonas de nuestra tierra con desaprensivos inversores en zonas regresivas como la cuenca minera de Teruel y algunas otras, hay todo un mosaico de gentes que han encontrado una nueva forma de vivir bien.

Son formas que recuerdan la tradición picaresca española, tan magistralmente descrita en las obras del Lazarillo o de Quevedo, adaptadas a la era del expediente, el ordenador y la burocracia.

Fraude, subvenciones y corrupción van de la mano con el clientelismo político. Entre todos se ha formado un entramado de relaciones que van a dar la puntilla, por exceso de gasto, a un estado del bienestar ya necesitado de revisión por la internacionalización de la economía.

Dos retos para la reflexión

Dos retos, pues, la revisión de la cultura del pelotazo, el fraude y la subvención, por una parte. La adaptación progresiva a una nueva era económica, social y profesional, por otra.

Dos retos que requieren una reflexión moral sobre las líneas que han de primar en las decisiones económicas a seguir y las actitudes a promover y educar para que la necesaria adaptación a la nueva realidad económica no signifique la ruptura y el abandono de la protección social que ha caracterizado a la segunda mitad del siglo.

Es conveniente una profunda reflexión sobre los aspectos insolidarios de nuestras resistencias y sobre la necesaria y firme defensa de las ideas y valores que dieron origen a un Estado socialmente sensible cuya continuidad peligra.

Sobre la idea de solidaridad eficaz y económicamente plausible han proliferado las actitudes oportunistas que ponen en peligro el sentido de la protección con el que se puso en marcha este modo de entender la economía y la política en la mitad del siglo XX.

Hagamos un poco de historia

Todo comenzó con la publicación en 1936 de un libro *Teoría General de la ocupación*, el interés y el dinero en el que su autor John Maynard Keynes rompía con el dogma del liberalismo clásico.

El liberalismo clásico dejaba a la ley del mercado la capacidad automática de equilibrar los desajustes y tensiones que aparecieran en las relaciones de los agentes económicos. Aunque eso requiriera bastante tiempo y fuera a costa del sufrimiento de muchas personas en paro, sin protección, o de la ruina de empresarios fracasados y de ahorradores engañados.

Son conocidas las enormes tensiones que provocaron las crisis cíclicas y el desempleo laboral de un sistema capaz de crear mucha riqueza pero insensible a su distribución y a la consiguiente desigualdad, pobreza y explotación que generaba.

Su falta de rostro humano provocó la aparición de su sistema antagónico que tanta importancia ha tenido en la historia política, social y cultural de todo este siglo y cuya insensibilidad e ineficacia ha terminado por provocar la reacción de aquellos mismos a quienes pretendía defender.

Entre dos sistemas opuestos y tras la gran crisis que el capitalismo salvaje provocó en el otoño de 1929. Además de la reacción de Pío XI denunciando la insensibilidad del liberalismo y la anulación de la esfera civil por parte del comunismo, se produjeron otras en los ámbitos de las escuelas de economía y de las estructuras políticas.

No significaban ninguna originalidad radical. Ya en el ambiente habían adquirido carta de ciudadanía las intenciones expresadas por Bismarck en 1881: «La superación de los males sociales no reside en la represión de los excesos...sino también en la búsqueda de fórmulas que permitan una mejora del bienestar de los trabajadores».

La aceptación del Estado

Pero esas intenciones no se habían traducido en una teoría económica que global y sistemáticamente expusiera su posibilidad. Fue lo que hizo Keynes.

Contra el automatismo mercantil y frente a la estatización socialista, afirmó la posibilidad del equilibrio económico y social, aunque no hubiera pleno empleo. Con intervenciones estatales que ayudaran a los trabajadores en paro con una renta; y a los sectores en crisis, haciéndose el Estado consumidor de productos básicos.

De esta forma el Estado se convertía en el árbitro de la política del gasto, de la inversión y de los salarios.

Lógicamente no se olvidó de la política fiscal, pues tantos gastos nuevos requerían nuevos ingresos y éstos tenían que venir de los impuestos que permitirían una distribución de los sectores pudientes hacia los parados en forma de salario social o de servicios sociales con la consiguiente creación de puestos de trabajo necesarios para realizar estos servicios, tales como: educación, sanidad, burocracia administrativa, etc.

Suecia fue el primer país en aplicar el modelo keynesiano.

No hay que olvidar que la experiencia europea se movía entre el cansancio del modelo clásico de liberalismo inhumano y la tentación de un sistema marxista muy próximo que, por entonces, prometía más equilibrio y pleno empleo aun a costa de la libertad.

Tras la segunda guerra mundial toda la Europa occidental aliada se reconstruyó sobre este sistema con matices distintos según fueran los partidos en el poder socialistas o democristianos o liberales. España, aislada, siguió un proceso distinto.

«Pleno empleo en una sociedad libre»

¿Cómo conjugar el pleno empleo, el crecimiento económico y la protección social con la libertad? Ese era el reto que resumía la situación postbélica, como programa, el famoso informe Beveridge: «Pleno empleo en una sociedad libre».

Intervención del Estado, Financiación de la Seguridad Social, Financiación desde el presupuesto de los servicios sociales, Subvención de algunos productos y actividades, Política salarial mediante convenios colectivos que reconocieran una función al sindicalismo.

Desde estos postulados, fue creciendo en paralelo a la gran prosperidad que originó su aceptación y puesta en práctica. Se constató cómo la solidaridad racionalizada era enormemente productiva en bienestar social y en rentabilidad económica.

La década de la ilusión

Una ola de entusiasmo invadió el mundo occidental próspero lanzado a un desarrollismo exagerado y una intervención estatal creciente que llevó desde el hambre de la postguerra a las vacaciones subvencionadas, a las guarderías infantiles y las residencias de ancianos como hoteles de lujo.

Las encíclicas sociales comenzaron a llamar la atención sobre los peligros de una concepción materialista del desarrollo y la oposición a compartirlo con otros pueblos que aportaban materias primas y trabajo.

El deseo político de aparecer como patrocinadores de este desarrollo llevó a los partidos políticos a una pugna por ver quién otorgaba más beneficios, servicios, subvenciones y bienestar. Pudo más la demagogia política que el rigor presupuestario, la alegría fácil del momento que la visión de futuro. Hoy vemos sus consecuencias.

Se disparó el gasto, se desequilibró el presupuesto, aparecieron las tensiones inflacionistas, se agotaron las posibilidades de aumentar los impuestos a riesgo de provocar el descontento social. El endeudamiento ha llegado al límite.

En la década de los setenta se tuvo el primer impacto con la crisis de las materias primas cuyos propietarios avisaron de querer participar en la abundancia y alegría del mundo rico.